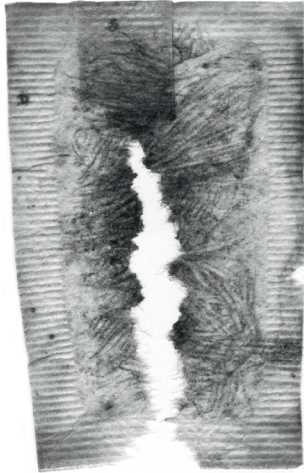


## Ríos en la poesía colombiana

ADEMÁS DE biografía –como quedó demostrado en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* núm. 84–, los ríos también tienen bibliografía lírica. En Colombia, desde los días coloniales han servido al poeta como fuente directa de inspiración y también como motivo metafórico para reflexiones sobre la vida, el paso del tiempo y otros asuntos existenciales, pues, como descubrió Jorge Manrique, “nuestras vidas son los ríos que van a dar al mar, que es el morir”.

Buena parte de estos versos han quedado sepultados en viejas ediciones. Varios han sobrevivido al escrutinio de la historia y al colador de las antologías. Algunos de los que no –aquí también ejemplificados–, interesan porque contribuyen a revelar las maneras en que cada época, a propósito de un río, encontró palabras y ritmos para decir el mundo, expresar sentimientos y pensamientos. Y especialmente en el siglo XIX, para demostrar la “cultura” de quienes les dedicaron composiciones.



En sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, Juan de Castellanos (1522-1607) hizo referencia al río Grande de la Magdalena, al Cauca, al Darién y al Sinú, entre otros. Veamos la descripción de un naufragio en las bocas del Magdalena, que eran la puerta de entrada a Santafé de Bogotá [Ortega, 1935, págs. 10 y sigs.]:

Llegaron cuando ya la luz es poca  
y hacía la noche su llegada,  
y así surgieron antes de la boca  
del río, por do hacen la entrada  
por mandato de aquel a quien le toca  
regir y concertar los del armada,  
esperando que venga nueva lumbré,  
con la guardia que tienen de costumbre.

.....

Tomada, pues, del río la garganta,  
e yendo ya por él poco desvío,  
olaje tan soberbio se levanta  
de las aguas del mar y grande río,  
que quien menos temía, mas se espanta  
y menos muestras daba de su brío,  
viendo que no podía navegante  
volver atrás ni ir mas adelante.

Uno vereís lloroso y otro triste,  
dan gritos los mancebos y los canos,  
agua por todas partes los embiste,  
no les presta timón, ni valen manos;  
ya su salud en sólo Dios consiste,  
que no la pueden dar hombre humanos;  
y lo mas sustancial de su esperanza  
era tener ninguno confianza.

Estado, pues, con este desatino  
causado del rigor de la procela,  
un grande y orgulloso torbellino  
sorbíó la sobredicha carabela  
y un bergatín que junto Della vino  
y amortajó diez hombres con la vela;  
diez andan por las ondas de Neptuno,  
y de los cuales fue Manjarrés uno.

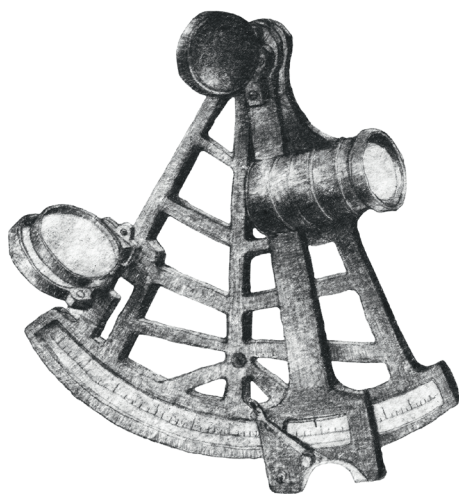
.....

Un autor anónimo de los tiempos coloniales inauguró la que sería una larga tradición de cantos al célebre salto que forma el río Bogotá, descrito como una “sierpe de cristal” [Charry Lara, 1996]:

### DESCRIPCIÓN DEL RÍO BOGOTÁ Y SALTO DEL TEQUENDAMA

De las sierras cuya altura  
corona risueña el alba,  
del Bogotá las corrientes  
forman un monte de escarcha.  
Corre gigante la nieve  
a buscar en Tequendama  
el sepulcro que fabrican  
dos peñas a su arrogancia.  
Libre el campo se le ofrece  
para que corran sus aguas,  
mas, como va a despeñarse,  
va su orgullo haciendo pausa.  
Sierpe de cristal, se ondea,  
y al entrar por la montaña  
ve por los riscos las señas  
del riesgo que le amenaza.  
Los árboles, con las hojas  
que despiden de sus ramas,  
se embarcan en su corriente  
en bajeles de esmeralda.  
¡Oh, cómo de sus exequias  
la triste música cantan  
las aves que, en sus orillas,  
son las ninfas de sus aguas!

Hasta las flores se quejan  
de ver que se despedaza  
la presea que tal vez sirve  
de espejo a su gala.  
Y para ver la tragedia  
que en el salto le amenaza,  
hacen balcón de la peña  
las aves, flores y plantas.



En el siglo XVII, el culterano Hernando Domínguez Camargo (1606-1659) dedicó una composición a la cascada que forma un sencillo arroyo, al que compara con un brioso corcel [Charry Lara, 1996]:

A UN SALTO POR DONDE SE DESPEÑA  
EL ARROYO DE CHILLO

Corre arrogante un arroyo  
Por entre peñas y riscos,  
Que, enjazzado de perlas,  
Es un potro cristalino.  
Es el pelo de su cuerpo  
De aljófar, tan claro y limpio,  
Que por cogerle los pelos,  
Le almohazan verdes mirtos.  
Cñele el pecho un pretal  
De cascabeles tan ricos,  
Que si no son cisnes de oro,  
Son ruiseñores de vidrio.  
Bátenle el ijar sudante  
Los acicates de espinos,  
Y es él tan arrebatado,  
Que da a cada paso brincos.  
Dalen sofrenadas peñas  
Para mitigar sus bríos,  
Y es hacer que labre espumas  
De mil esponjosos grifos.  
Estrellas suda de aljófar  
En que se suda a sí mismo,  
Y atropellando sus olas,  
Da cristalinos relinchos.  
Bufando cogollos de agua,

Desbocado corre el río,  
Tan colérico, que arroja  
A los jinetes alisos.  
Hace calle entre el espeso  
Vulgo de árboles vecino,  
Que irritan más con sus varas  
Al caballo a precipicio.  
Un corcovo dio soberbio,  
Y a estrellarse ciego vino  
En las crestas de un escollo,  
Gallo de montes altivo.  
Dio con la frente en sus puntas,  
Y de ancas en un abismo,  
Vertiendo sesos de perlas  
Por entre adelfas y pinos.  
Escarmiento es de arroyuelos,  
Que se alteran fugitivos,  
Porque así amansan las peñas  
A los potros cristalinos.

Considerado el último poeta colonial, Francisco Antonio Vélez Ladrón de Guevara (1721-ca. 1782) continuó con la tradición de versos dedicados al Tequendama con un romance que “ahonda en resonancias verbales y ecos de Góngora” [Ospina, 1991, pág. 98]. El río es ahora una “serpiente de vidrio” [Forero, 1969]:

Ver de Tequendama el Salto  
la curiosidad no admiro,  
pues es aquel bello monstruo,  
aquel sonoro prodigio,  
aquel músico de nieve,  
aquel dragón de granizo,  
que, con su horrendo murmullo,  
puso silencio, del Nilo  
a las altas cataratas,  
y apaciguó sus bramidos.  
.....  
Y por las tierras calientes,  
vuelto serpiente de vidrio,  
prosigue serio y pomposo,  
hasta que al Mágdalo unido,  
corre con él a beber  
sal del golfo cristalino.

Mas, volviéndome hacia atrás,  
por coger del agua el hilo,  
no parezca que del Salto  
paso la anchura, de un brinco,  
cuando se ofrece a mi pluma  
la ocasión de describirlo.

.....

Gregorio Gutiérrez González (1826-1872), quien dijo escribir en antioqueño y no en español, publicó en 1864 un poema que ha perdurado en muchas antologías de la poesía colombiana. Está dedicado al río Aures y a su gran caída de cuatrocientos metros. Describe de manera visual la corriente que se despeña, mediante un ritmo de palabras que replica el estruendo de las agitadas aguas,

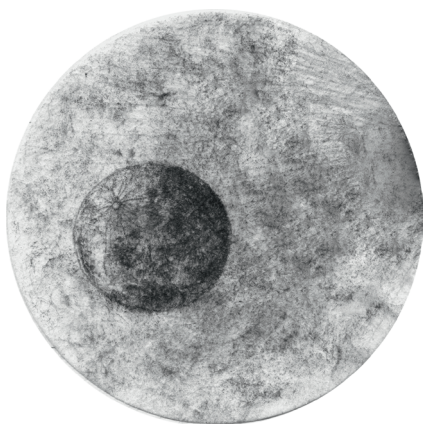
mientras evoca con nostalgia la infancia y se despide de ilusiones juveniles:

AURES

De peñón en peñón turbias saltando  
Las aguas de Aures descender se ven;  
La roca de granito socavado  
Con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla  
Temblorosos, condensan el vapor;  
Y en sus columpios trémulas vacilan  
Las gotas de agua que abrillanta el sol.

Se ve colgando en sus abismos hondos,  
Entretejido, el verde carrizal.  
Como de un cofre en el oscuro fondo  
Los hilos enredados de un collar.



Sus cintillos en arcos de esmeralda  
Forman grutas do no penetra el sol,  
Como el toldo de mimbres y de palmas  
Que Lucina tejó para Endimión.

Reclinado a su sombra, ¡cuántas veces  
Vi mi casa a lo lejos blanquear,  
Paloma oculta entre el ramaje verde,  
Oveja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba  
El humo tenue en espiral azul...  
La dicha que forjaba entonces el alma  
Fresca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes bosques  
Correr los años de mi infancia vi;  
Los poblé de ilusiones cuando joven,  
Y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...  
¡Basta! las penas tienen su pudor,  
Y nombres hay que nunca se pronuncian  
Sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se levanta  
Blanco-azulado el humo del hogar;  
Ya ese fuego lo enciende mano extraña,  
Ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja  
Ve de la tarde a la rosada luz  
La amarilla vereda que serpea  
De su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que prestan  
Al pasado su mágico color;  
Al través de la lluvia son más bellas  
Esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tranquilos,  
Visiones de placer, sueño de amor,  
Hereditad de mis padres, hondo río,  
Casita blanca...Y esperanza, ¡adiós!

Jorge Isaacs (1837-1895) fue autor de una evocación de un río que contiene alusiones raciales [Ortega, 1935, págs. 496-497]:

RÍO MORO

Tu incesante rumor vine escuchando  
desde la cumbre de lejana sierra;  
los ecos de los montes repetían  
tu trueno en sus recónditas cavernas.  
Juzgué por ellos tu raudal; fingíme  
tras vaporoso velo tu belleza,  
y, ya sobre tu espuma suspendido,  
gozo en ahogar mi voz en tu bramido.

.....

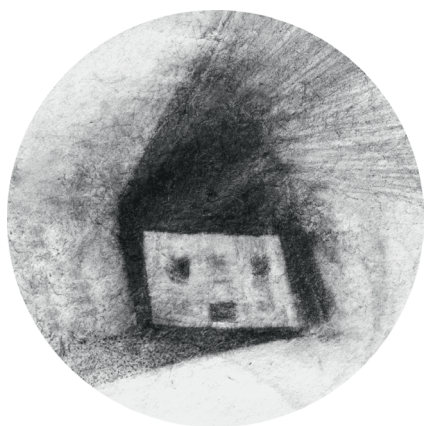
Más felices las flores de tu orilla,  
nacen, al aire su perfume exhalan;  
marchitas ya, se mecen en la espuma  
y mil, más bellas, sus capullos rasgan;  
más felices tus ondas al océano  
van a gemir en extranjeras playas,  
y yo con mi ambición pobre y proscrito  
de mi raza infeliz purgo el delito.

En las últimas décadas del siglo XIX, el salto del Tequendama y el río Magdalena motivaron frecuentes composiciones que recogen las emociones románticas experimentadas por poetas profesionales y por aficionados. El escritor José Joaquín Ortiz (1814-1892) fue admirador del ecuatoriano José Joaquín Olmedo por su "Canto al Niágara". Tal vez fue lo que le inspiró una muy extensa poesía al inevitable Tequendama, desarrollada en abundante fraseología romántica y culterana [Borda y Vergara, 1860; se conserva la ortografía del original]:

EL TEQUENDAMA

Oír ansí tu trueno majestuoso,  
Tremendo Tequendama! ansí sentarme  
A orillas de tu abismo pavoroso,

Teniendo por dosel de parda nube  
 El penacho que se alza por tu frente,  
 Que cual el polvo de la lid ardiente  
 En confundidos torbellinos sube.  
 Quise también mezclar mi acento débil  
 Al grande acento de tus muchas aguas;  
 Y respirando el aire de tu gloria,  
 Ensalzarla también con voz ferviente,  
 Mi lira haciendo digna de memoria  
 Y arrojlarla después a tu corriente.



.....

Mas ¿dónde están, oh río! aquellos pueblos  
 De esta región antiguos moradores?  
 ¿Qué se hicieron los cipas triunfadores  
 Qué se asentaban sobre el trono de oro,  
 Y que, padres más bien que augustos reyes,  
 Sonriendo con delicia y frente leda,  
 De paz y amor dictando iguales leyes,  
 Cual se gobierna a una familia, al pueblo  
 Con el cayado patriarcal llevaban  
 Cual con riendas de seda?  
 ¿En dónde el templo en láminas de oro,  
 Resplandeciente al sol? ¿A qué comarca  
 Trasladaron las aras en que ardía  
 El aroma suavísimo entre el coro  
 De voces virginales noche y día?  
 Dónde Aquimin, el Bogotá, el Tundama?  
 A dónde el santo Sugamuxi? a dónde?  
 Tu trueno asordador, como un lamento,  
 Es la voz sola que a mi voz responde!  
 Pobres indios, abyectos, decaídos  
 Del vigor varonil, desheredados  
 De este tan bello y tan fecundo suelo,  
 Vosotros no poseéis de vuestra Patria  
 Sino el dulce aire y el brillante cielo  
 O una heredad cortísima! El arado  
 Rompe la tierra y de las tumbas seca  
 Los ídolos pequeños, confundidos  
 Con el polvo sagrado  
 De un sacerdote, un cipa, un rey de Iraca.  
 Como se avanzan a este abismo oscuro,  
 Y en él se pierden las pesadas ondas,

Así su pobre raza desaparece:  
 Parte cayó bajo el acero duro  
 De los conquistadores; en los hierros,  
 En infectas prisiones y sombrías  
 Se marchitó su juventud lozana;  
 Otra se pierde en el extraño abrazo  
 Con sangre de verdugos confundida..  
 Nación ayer, no existirá mañana!  
 Y este río caudal sigue corriendo  
 Como corrió desde la edad antigua;  
 Y este trueno feroz que estoy oyendo  
 Sonaba entonces como suena ahora,  
 Duro, rabioso, asordador, tremendo,  
 Como una eternidad devoradora;  
 Y sonará cuando al sepulcro caiga  
 Este hombre oscuro, débil, ignorado  
 Que oyéndolo a su borde está sentado.  
 Oh! qué objetos, el hombre y Tequendama!  
 El hombre sin poder, pincel ni acento  
 Con que pintar lo que su mente inflama;  
 Que ayer nacido, vivirá un momento,  
 Y mañana en el polvo del sepulcro  
 De su vivir se apagará la llama!  
 Y esta tremenda catarata, eterna,  
 Con esa voz cual la de mil tambores;  
 Cual ruido estrepitoso  
 De cien y cien caballos triunfadores  
 En el afán de una total derrota;  
 Y ese hervir fragoroso, inextinguible,  
 Y esa su roca firme, estable, inmota,  
 Que alcanzará a los años de los años  
 Y del mundo a una edad la más remota!  
 Calma un momento el torbellino rauda  
 En que ruedas, oh río! al ciego abismo,  
 Y ese fragor y la explosión del trueno;  
 Disipa el pabellón de negra nube  
 Que a cada instante de tu lecho sube  
 Para velar tu majestad! Mi alma,  
 Mis deslumbrados ojos, mis oídos  
 Sordos ya con el ruido de tus aguas,  
 Anhelan comprenderte un solo instante  
 Y dejarte después, agradecidos!  
 Porque tu vista horriblemente bella  
 Asombro, pasmo, horror sublime inspira,  
 Y de verdad severa lección grande  
 Deja en la mente con profunda huella.  
 Aire de gloria y de virtud respira  
 El hombro en ti; capaz de más se siente:  
 De legar a los siglos su memoria,  
 De ser un héroe, un santo o un poeta,  
 Tasso, Bolívar, Casas;  
 De sacar de su lira un son sublime  
 Como el iris que brilla por tu frente,  
 Como el eco de gloria que en ti gime!

También Agripina Montes del Valle (1844-1915) hizo su aporte elegíaco a la cascada mediante una extensa composición de ciento diecisiete versos, que parecen proclamar, como en tantos otros ejemplos, que la lírica hídrica era usada como demostración de la cultura del



autor en un país de analfabetas. Se dice que Juan Valera consideró que esta poesía era superior a la anteriormente citada de José Joaquín Ortiz. Baste una pequeña muestra [Echavarría, 1997, págs. 139-143]:

AL TEQUENDAMA

Tequendama grandioso:  
deslumbrante ante el séquito asombroso  
de tu prisma, riquísimo atavío,  
la atropellada fuga persiguiendo  
de tu flotante mole en el vacío,  
el alma presa de febril mareo,  
en tus orillas trémulas paseo.

.....

¡Adios! ¡Adiós! Ya a reflejar no alcanza  
del alma la centella fugitiva  
ni tu ideal fastuosa perspectiva  
ni el prodigioso ritmo de tu danza;  
y así como se pierden a lo lejos,  
blancos al alba, y al morir bermejos,  
en névea blonda de la errante nube  
o en chal de la colina  
los primorosos impalpables velos  
de tu sutil neblina,  
va en tus ondas mi cántico arrollado  
bajo tu insigne mole confundido,  
e, inermes ante el hado,  
canto y cantor sepultará el olvido.



José Antonio Soffia, representante de Chile en Colombia, dedicó noventa y seis versos, salpicados de signos de admiración y puntos suspensivos, al mismo motivo. Consideremos algunos apartes [Soffia, 1882, págs. 24-25]:

AL TEQUENDAMA

I

Gracias ¡oh Dios! Ya vi la maravilla  
Digna de tu grandeza y de su fama  
¡Del hondo precipicio ante la orilla  
Contemplé despeñarse el Tequendama!...

En su ampo inmenso, do tu nombre brilla,  
En su fragor, que tu poder proclama,  
Vi un girón de tu manto desprendido  
Y el eco de tu voz llegó a mi oído!...

VI

En vano el ojo cuidadoso sigue  
Aquel turbión que al fondo se abalanza;  
Ve un copo, y otro más que lo persigue  
¡Más ya sólo divisa al que lo alcanza!...  
Nada hay que el curso de su afán mitigue,  
Igual en todo al hombre que se lanza  
Desde el cielo de gratas ilusiones  
Hasta el antro fatal de las pasiones.

VII

¡Cómo hace meditar ese portento  
Y cómo el alma su fragor despierta!...  
En el campo sin fin del pensamiento  
Vuela la inspiración franca y abierta...  
La mente cobra poderoso aliento,  
De sus duras prisiones se libera,  
Y ve, en el precipicio á que se asoma,  
Las formas mil que la cascada toma.

VIII

Ya semeja una novia enamorada  
Que rompiendo su blanca vestidura  
Para unirse al Abismo, exasperada,  
Cae en sus brazos desde inmensa altura.  
Ciega en su loco amor, de sí olvidada,  
Va a buscar en lo ignoto la ventura,  
Desparramando en lluvia sin medida  
Joyas, velo y diadema en su caída!

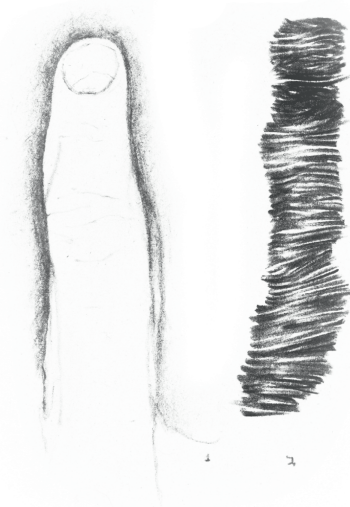
El mismo año de 1882, Martín García Mérou publicó su propia y también extensa elegía, desarrollada a partir de los sentidos del oído y la vista, embriagados por múltiples sensaciones [García Mérou, 1885]:

AL TEQUENDAMA

Aún resuena tu estruendo en mis oídos  
Y siento la opresión de tu grandeza,  
Y el vértigo sacude mi cabeza  
Como el turbión los árboles erguidos,  
Aun te veo a mis pies, con rudo enojo  
Sublevando tus ondas encrespadas,  
En el ardor de tu incesante arrojó  
Desplomarte, deshecho, en mil cascadas,  
Llegar al borde de la enhiesta roca,  
Y, sintiendo el cercano cataclismo,  
Como airado corcel que se desboca,  
Abalanzarte en el profundo abismo!

Todo tiembla á tu paso: el cauce, el monte,  
El árbol de raíces seculares  
Que se eleva y domina el horizonte,  
Los verdes lazos de la agreste hiedra  
y las rocas, graníticos altares  
Que esperan á sus ídolos de piedra!

Inquieta y ronca, tu veloz corriente,  
 Entre dosel de gigantescas ramas,  
 Arrastra, serpeando, sus escamas  
 Con el ímpetu ciego del torrente,  
 y al llegar á la sima, ancha y profunda,  
 Tiembla el peñón y la corriente ruge,  
 y en el delirio de tu enorme empuje,  
 Se agiganta tu fuerza moribunda!



.....

Abismo! redención ! No es la esperanza  
 Reflejo de una imagen ilusoria,  
 Que se disipa si el dolor avanza!  
 Aquí donde la mente enardecida  
 Se embriaga de profundas emociones,  
 Siente más viva circular la vida  
 y latir con más fuerza las pasiones,  
 Levantemos el himno de victoria,  
 Nosotros, los errantes, los proscritos,  
 Los que al vivir, llorosos ó risueños,  
 Hacemos nuestros sueños infinitos  
 y vivimos la vida de los sueños!

Del mismo José Antonio Soffia es una larga composición dedicada al río Magdalena, que encierra un drama [Soffia, 1884, págs. 333-337]:

LAS DOS HERMANAS.  
 RECUERDOS DEL MAGDALENA  
 En una tarde limpia y serena,  
 Como del trópico, casi ideal,  
 A las orillas del Magdalena  
 Grato respiro bajé a buscar.  
 Las auras tibias de la montaña  
 Mecían lentas el platanal;  
 Y no distante vi una cabaña,  
 Cual nido oculto bajo el palmar.

El viajero que protagoniza estos versos encontró dos hermanas en una de las orillas. Sus románticos nombres: Consuelo y Soledad. Una de ellas canta:

—¡Qué grande que viene el río!  
 ¡Qué grande se va a la mar!  
 —Si lo aumenta el llanto mío  
 ¡Cómo grande no ha de estar!...

Río!... río!  
 Devuélveme el amor mío  
 Que me canso de esperar!...

La otra hermana le contó una triste historia de abandono y orfandad. Tiempo después, el capitán del barco le contó al viajero el desenlace de las hermanas:

Murió su madre y ella se fue...  
 —Pero ¿y su hermana? —Se arrojó al río,  
 Que estaba loca, por no sé qué...

¡Lo que habéis oído!... ¡Cosas del cielo...  
 Que no comprende la humanidad!  
 Tal vez consuelo no halló Consuelo.  
 ¡Pero dichosa ya es Soledad!

El poeta romántico por excelencia Julio Flórez (1867-1923) vertió su estro en este soneto dedicado al Magdalena, en el que la palabra río rima con sombrío:

EN EL RÍO MAGDALENA  
 Fulge del río el agua plañidera  
 y un roble ya decrepito y sombrío  
 que se está deshojando en la ribera  
 mira rodar sus hojas en el río.

¿Qué importa al roble aquel que Flora vuelva?  
 No reverdecerá... Seco y a solas,  
 aquel titán —despojo de la selva—,  
 seguirá deshojándose en las olas.

¡Oh roble, hermano mío! Ribereños  
 Somos dos raudales que en su huida  
 Arrastran: uno, llanto, el otro, leños...

Yo también con el ánima rendida  
 Mirando estoy el polvo de mis sueños  
 Rodar sobre las tumbas de la vida.

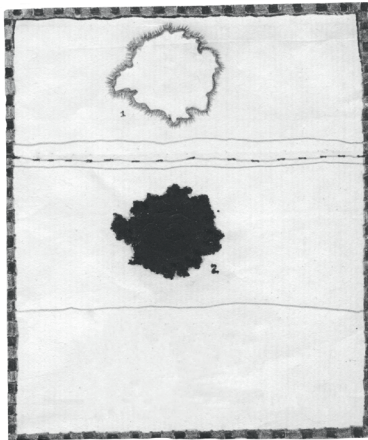
Y Flórez no omitió elaborar un soneto de rigor al Tequendama, en el que traza una suerte de autorretrato [Flórez, 1973, pág. 20]:

AL TEQUENDAMA  
 Ah! yo como tú; también fui río;  
 me deslicé por sobre blanda arena,  
 bajo un cielo de bóveda serena,  
 y recorrí la vega y el plantío.

Más tarde, la fatiga y el hastío,  
 y más que todo, la desdicha ajena,  
 al repletar mi corazón de pena,  
 me sentí desplomado en el vacío.

Y estoy cayendo en el abismo oscuro  
de mi dolor letal, sordo, infinito...  
como tú, del peñón inmoble y duro.

Voy, como tú, tras negra lontananza,  
lanzando siempre, como tú, mi grito;  
¡ay! pero sin un iris de esperanza.



Ismael Enrique Arciniegas (1865-1938), cuya obra literaria expresa la transición entre el romanticismo y el modernismo, cantó así al Magdalena [Ortega, 1935, pág. 524 y sigs.]:

EN EL BAJO MAGDALENA  
Subiendo el barco aceza  
El río soñoliento. Sol. Pereza.  
Inquietud y calor. Bancos, más bancos  
de arena. Cielo azul. Bosque y barrancos.

Y sobre el agua turbia que dormita,  
y de una y otra playa entre lo verde,  
como un blanco pañuelo que se agita,  
una garza que vuela y que se pierde.

Max Grillo (1868-1949) declamó al Magdalena haciendo uso del repertorio modernista, caracterizado por un exotismo cosmopolita dotado de elefantes simbólicos, jaguares sombríos, cimborios y cielos rutilantes [Ortega, 1935, págs. 624-625]:

AL MAGDALENA  
Oh rey de las florestas que como manto rubio  
en el revuelto légamo explayas tu corriente!  
Te adoraría el Indus y te ensalzara el nubio  
si tus ondas bulleran bajo su sol ardiente.  
Si en tus aguas no abreva simbólico elefante  
a ti en serenas noches viene el jaguar sombrío,  
y meces sus pupilas y el cielo rutilante  
donde los astros tiemblan cual si tuviesen frío.

Yo te amo porque adoras la libertad sin lindes,  
y tienes la belleza salvaje de la vida;  
porque bajo las ramas de tus inmensos dindes  
sopla un hálito fresco que a reposar convida.

Tu cielo es un cimborio de blandas claridades,  
azul casto y fluido donde tu dios domina,  
y con reflejos de ámbar tus verdes soledades,  
al declinar la tarde, magnífico ilumina.

Pintor y hermano del poeta Joaquín González Camargo (1865-1886), Fídolo Alfonso González Camargo (1883-1942) sobrellevó su melancolía con los pinceles y la pluma, antes de sumirse en un marasmo de veinte años en el manicomio de Sibaté. Además de una novela costumbrista, compuso versos, uno de ellos dedicado a un sencillo arroyo que en sus turbias aguas lleva tristeza, miseria, dolor, frío, hambre, penas, quejas y sollozos [González, 1917, pág. 161]:

NOCTURNO DEL ARROYO  
¡Qué cosas tan tristes murmura el arroyo  
que pasa rondando por junto a la acera  
como si en el seno de sus turbias aguas  
llevara alguna alma que llora y se queja!

Tal vez el sollozo de los inocentes  
que entre harapos de frío se hielan  
traerá de las chozas en donde la lluvia  
por entre las rotas techumbres de cueña.

Tal vez a su linfa se acercaron labios  
que en la fiebre ardiente del hambre se queman;  
tal vez en sus aguas su dolor calmaron  
las manos que ha hecho sangrar la faena.

Por eso murmura tan triste el arroyo,  
Por eso solloza, por eso se queja,  
Y mientras resbala por la calle abajo  
Va entonando el triste cantar de sus penas.

Y frente al palacio donde el lujo ríe,  
bajo los carruajes que en la calle esperan,  
*¡qué cosas tan tristes murmura el arroyo*  
mientras se desliza por entre las ruedas,  
como si en el seno de sus turbias aguas  
llevara alguna alma que llora y se queja!

Más conocido por la novela *La vorágine* (1924), José Eustasio Rivera (1888-1928), fue autor de más de ciento sesenta poemas. Como otros bardos, encontró en el río una metáfora para describir sus propias y agitadas

corrientes interiores que, al final, espera calmar y purificar [Charry, 1996]:

SOY UN GRÁVIDO RÍO...

Soy un grávido río, y a la luz meridiana  
ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje;  
y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje  
se oye la voz solemne de la selva lejana.

Flota el sol entre el nimbo de mi espuma liviana;  
y peinando en los vientos el sonoro plumaje,  
en las tardes un águila triunfadora y salvaje  
vuela sobre mis tumbos encendidos en grana.

Turbio de pesadumbre y anchuroso y profundo,  
al pasar ante el monte que en las nubes descuella  
con mi trueno espumante sus contornos inundo;

y después, remansado bajo plácidas frondas,  
purifico mis aguas esperando una estrella  
que vendrá de los cielos a bogar en mis ondas.

Rafael Maya (1897-1980), integrante de la generación de Los Nuevos, en su libro *La vida en la sombra* (1925) también se identificó de manera bucólica con el agua de un río, en los siguientes términos [Fajardo, 1991, pág. 294]:

Yo soy el agua azul de la montaña  
nací en un hueco del breñal salvaje  
y no llevo ni espumas de coraje  
ni al caminante mi cristal engaña

No me desbordo con rugiente saña  
ni a vastos mares enderezo el viaje:  
sólo copio los tonos del paisaje  
y sólo huertos mi corriente baña.  
Y humilde y en silencio, mi destino  
es ser buena y cordial; ser agua pura  
a través de la hierba del camino.  
correr sin nombre, padecer quebrantos,  
y morir una noche en la esperanza  
como murieron tus mejores cantos.

En una de las secciones de su célebre *Morada al Sur*, Aurelio Arturo (1906-1974) le canta al río como paternidad simbólica [Echavarría, 1997, págs 327-328]:

Duerme ahora en la cámara de la lanza rota en las  
batallas.

Manos de cera vuelan sobre tu frente donde  
murmuran

las abejas doradas de la fiebre, duermo.

El río sube por los arbustos, por las lianas, se acerca,  
y su voz es tan vasta y su voz es tan llena.

Y le dices, repites: ¿Eres mi padre? Llenas el mundo  
de tu aliento saludable, llenas la atmósfera.

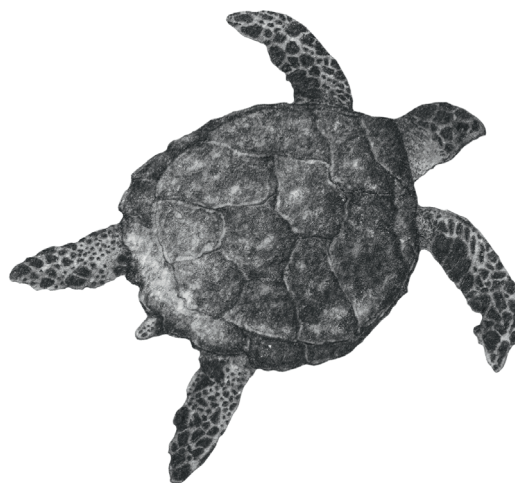
—Soy el profundo río de los mantos suntuosos.

Duerme quince años fulgentes, la noche ya ha cosido  
suavemente tus párpados, como dos hojas más, a su  
follaje negro.

La inspiración femenina queda representada por Laura Victoria (Gertrudis Peñuela, 1904-2004) e Isabel Lleras Restrepo (1909-1965). De la primera es este poema [Ortega, 1935, págs. 1080-1081]:

A ORILLAS DEL CHICAMOCHA

.....  
A lo lejos el río borrascoso  
de turbias ondas y arenal grisoso  
azotando las piedras de granito,  
y formando en su cauce amarillento  
el torbellino que al chocar violento  
exhala un sordo y prolongado grito.



Y a la segunda pertenece este retrato del río Cauca [Ortega, 1935, pág. 1082]:

ACUARELA

Como una cinta de cristal bruñido  
el Cauca por el valle serpentea,  
dilatando en sus aguas cristalinas  
el rítmico vaivén de las palmeras.

Los guaduales se esfuman a lo lejos,  
como abanicos de flotante seda,  
y sus matices claros desvanecen  
el oscuro verdor de las praderas.

Y en la penumbra tibia del paisaje  
se mezclan los perfumes del bosque  
con el calor que de la tierra brota.

Y un hálito de anhelos y de amores  
hace hermanar el alma con las flores  
en el sopor que en el ambiente flota.

“La creciente”, primer poema conocido de Álvaro Mutis (1923-2013), está hecho con torrentosas aguas que arrastran restos feraces de la tierra caliente, junto con recuerdos de infancia y el peso de la juventud, mientras a su paso remueven lo recóndito entre vahos y nieblas. Inaugura una nueva forma poética de referirse al río, muy alejada de la retórica precedente [Mutis, 1985, pág. 203]:



Al amanecer crece el río, retumban en el alba los enormes troncos que vienen del páramo.

Sobre el lomo de las pardas aguas bajan naranjas maduras, terneros con la boca bestialmente abierta, techos pajizos, loros que chillan sacudidos brusca-mente por los remolinos.

Me levanto y bajo hasta el puente. Recostado en la baranda de metal rojizo, miro pasar el desfile abigarrado. Espero un milagro que nunca viene.

Tras el agua de repente enriquecida con dones fecundísimos se va mi memoria.

Transito los lugares frecuentados por los adora-dores del cedro balsámico, recorro perfumes, casas abandonadas, hoteles visitados en la infancia, sucias estaciones de ferrocarril, salas de espera.

Todo llega a la tierra caliente empujado por las aguas del río que sigue creciendo: la alegría de los carboneros, el humo de los alambiques, la canción de las tierras altas, la niebla que exorna los caminos, el vaho que despiden los bueyes, la plena, rosada y prometedor ubre de las vacas.

Voces angustiadas comentan el paso de cadáveres, monturas, animales con la angustia pegada en los ojos.

Los murciélagos que habitan la Cueva del Duende huyen lanzando agudos gritos y van a colgarse a las ramas de los guamos o a prenderse de los troncos de los cámbulos. Los espanta la presencia ineluctable y pasmosa del hediondo barro que inunda su morada. Sin dejar de gritar, solicitan la noche en actitud hierática.

El rumor del agua se apodera del corazón y lo tumba contra el viento. Torna la niñez...

¡Oh juventud pesada como un manto!

La espesa humareda de los años perdidos esconde un puñado de cenizas miserables.

La frescura del viento que anuncia la tarde, pasa velozmente por encima de nosotros y deja su huella opulenta en los árboles de la «cuchilla».

Llega la noche y el río sigue gimiendo al paso arrollador de su innúmera carga.

El olor a tierra maltratada se apodera de todos los rincones de la casa y las maderas crujen blandamente. De cuando en cuando, un árbol gigantesco que viaja- ra toda la noche, anuncia su paso al golpear sonora- mente contra las piedras. Hace calor y las sábanas se pegan al cuerpo. Con el sueño a cuestras, tomo de nuevo el camino hacia lo inesperado en compañía de la creciente que remueve para mí los más escondidos frutos de la tierra.

(1945/7)

Cierro este recorrido por los ríos de la poesía colombiana, que a lo largo del tiempo pasaron de ser idealizadas serpientes cristalinas a estar representados por un vaso de agua amarillenta, con "Sarta del río Cauca", de Jaime Jaramillo Escobar (1932). Tengo para mí que es uno de los más bellos poemas dedicados a una corriente de agua, aludida mediante la narración de la experiencia subjetiva del poeta con un caballo –don Palomo Jara-

millo–, quien termina siendo el verdadero protagonista [Jaramillo Escobar, 1984, págs. 13-17]:

#### SARTA DEL RÍO CAUCA

Bajábamos –mi caballo y yo–  
dos veces al año hacia el río Cauca.

De las altas montañas bajábamos y al amanecer divisábamos el río entre piedras negras y palmeras y era una gran alegría ver este río.

Viajábamos de noche con la luna de agosto y con las lluvias de enero en enero.

Pero mi caballo se sabía el camino de memoria o lo inventaba,

Él que veía –porque yo no veía nada–.

Yo tenía trece años, mi caballo tenía cinco;  
éramos muy jóvenes para andar solos por ahí.

Qué amigazo era mi caballo, más inteligente y más instruido que yo,

Y sin embargo era yo el que llevaba las riendas del freno,

Sólo por ser el hijo del dueño del caballo, como siempre sucede.

Pero yo le ofrecía pedazos de panela en mi mano, mirándolo de frente,

Y nunca cometí la torpeza de vaciarle una botella de cerveza en la testa

coronada por sus dos nerviosas orejas.

Yo lo llamaba por su nombre y apellido y él venía a mí con un suave trote amoroso,

Subiendo desde el fondo de la cañada donde la bruma no se levantaba aún,

dormida sobre los pastizales de yaraguá, grises y constelados de rocío a las seis de la mañana.

Durante el viaje, yo le recitaba a mi caballo todos los poemas de Porfirio Barba-Jacob, los cuales se esparcían por las desiertas montañas.



No recuerdo ningún comentario de mi caballo acerca de los poemas,

pero si yo dejaba de recitar, él se detenía.

Por supuesto que antes de salir yo había bañado mi caballo,

Lo había tenido conmigo en el patio de atrás de la casa,

dándole de comer dulce caña picada, aguamiel con salvado, bananos partidos,

Y lo había peinado, acariciado, dádole palmadas en las ancas,

Con cepillos de raíz le había alisado el pelo y con un peine de cacho le había peinado cuidadosamente la crin y la cola

Y había revisado los aperos: la alfombra roja para el lomo, el freno limpio,

la cincha suave pero firme, la montura adornada con grabados y bollones,

los estribos de cobre labrado, los zamarros de piel, mi sombrero de fieltro.

Mientras no me calara aquel sombrero, el caballo no entendía que pudiésemos partir.

Mi padre miraba todo muy despacio y muy serio

Y si no había ninguna falla aprobaba con la cabeza.

Yo sé que ese caballo dejó de existir hace mucho tiempo

y que yo le sobreviví injustamente.

Era un caballo de largas crines, llamado don Palomo Jaramillo.

El río Cauca no sabía nada de eso porque venía de muy lejos, de las tierras llanas,

Tan sereno, tan colmado de grandes peces –entonces–

El río que había pasado por sus orillas donde negros bebían en quioscos de palmiche,

Vivían en chozas, trabajaban, no trabajaban, peleaban entre sí con larguísimas peñillas de acero inoxidable, marca Corneta,

Negros que habían vertido su sangre en el río, su sudor, sus lágrimas,

Que celebraban el sábado en los puertos, cada puerto con su estación del ferrocarril

y esas botellas verdes de Pilsen para la sed, para las ganas de beber,

para el coraje de pelear.

A la altura de Anzá las turbias aguas del río se cruzaban en canoa,

llevando de la brida a mi caballo para que no se ahogara.

Nadaba pesadamente el caballo, pero tenía mucha resistencia a las aguas impetuosas.

Mi caballo me vio tomar aguardiente, no dijo nada.

Me llevó borracho a casa, me acarició con el belfo, con el lado de su cabeza.

Se paraba muy firme, me miraba fijo, me decía –Vamos.

Al galope corría con sus crines al viento para darme alegría,

O me llevaba con toda seguridad por los malos caminos, en aquellos inviernos.

Desde que no tengo caballo y me veo obligado a rodar en auto,

vivo completamente extraviado dentro de mi auto.

Los paisajes a cien kilómetros por hora no tienen pies ni cabeza

y no pueden decir nada porque se marean,

Pero mi caballo sí que sabía de paisajes, era un caballo paisajista,

Un caballo de un solo caballo, pero más majestuoso que el Rolls Royce de la Reina.

El río más bello del mundo es el primer río, donde nos bañamos desnudos,

Y los demás son los otros ríos, así como las otras mujeres, y los otros amigos.

Si el río Magdalena no me dijo nada cuando yo estaba muchacho,

ya para qué me habla; que no me hable.

Yo tuve una larga conversación con el río Cauca y me lo dijo todo,

Todo lo mismo que hubiera podido decirme el río Magdalena,

Pero el río Cauca me puso la mano en el hombro y me habló al oído



Y el río Magdalena no me gusta porque habla a gritos.

Yo fui con mis amigos al río Cauca y lo atravesamos a nado,

en Anzá, en Cangrejo, Tulio Ospina, La Pintada, Cali,

Pero yo no he atravesado a nado ningún río Magdalena.

El río Magdalena me quiere ahogar, quiere hacer olas y taparme,

si me pone un brazo encima me aplasta. Temo mucho del río Magdalena.

Por las orillas del río Cauca me paseaba como un rey en su baraja.

En el puente de Bolombolo me atuve a conversar con gentes que pasaban,

con un amigo, con la noche solitaria.

El puente de Bolombolo desaparecerá bajo las aguas de una presa,

Y con él todas las casas y las grandes bodegas de techo de cinc.

Sólo el nombre de Bolombolo perdurará en los poemas de León de Greiff,

Quien tuvo el privilegio de ver nacer el puerto, cuando se construía el ferrocarril.

El olor de la hulla desapareció con los trenes, sólo  
quedan las putas

Que pronto desaparecerán bajo las aguas de la  
presa, con los billares patas arriba,

los restaurantes de caliente sopa, y mi revólver de  
inspector de policía.

Por el puente de Bolombolo perseguí a un bandido  
una noche,

el bandido se arrojó al río,

hice un disparo al aire para poder ir a tomar  
cerveza con el teniente

y conversar del asunto.

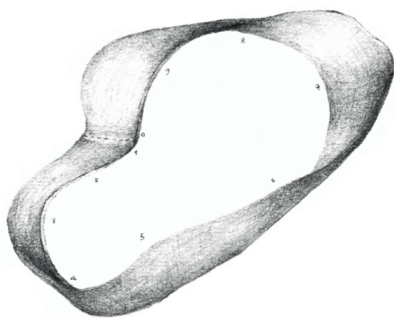
Agua del río Cauca,

En lindos vasos de cristal te bebo ahora, un poco  
amarillenta,

seguramente no muy bien purificada.

Si mi caballo te bebiera se moriría de repente.

**Santiago Londoño Vélez**



## Bibliografía

Borda, José Joaquín y Vergara, José María, *La lira Granadina: colección de poesías nacionales escojidas y publicadas*, Bogotá, Imprenta de El Mosaico. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/liragran/liragran81.htm>

Charry Lara, Fernando, *Antología de la poesía colombiana*, t. I, Bogotá, Imprenta Nacional de Colombia, 1996. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/apoeta/indice.htm> (consultado el 29 de enero de 2014).

Echavarría, Rogelio, *Antología de la poesía colombiana*, Ministerio de Cultura, Bogotá, El Áncora Editores, 1997.

Fajardo, Diógenes, “Los Nuevos”, en *Historia de la poesía colombiana*, Casa de Poesía Silva, 1991.

Flórez, Julio, *Selección de poemas*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1973.

Forero, Manuel José, “Las poesías de F. A. Vélez Ladrón de Guevara”, en *Thesaurus*, t. XXIV, núm. 1, 1969. Disponible en [http://www.bibliodigitalcaroycuervo.gov.co/401/1/TH\\_24\\_001\\_050\\_0.pdf](http://www.bibliodigitalcaroycuervo.gov.co/401/1/TH_24_001_050_0.pdf)

García Mérou, Martín, *Voces íntimas. La vieja historia, en viaje. Cantos y poemas*, Buenos Aires, L. Jacobsen y C. Editor, 1885. Disponible en: <https://archive.org/stream/>

[poesasdemartngaoomrgoog/poesasdemartngaoomrgoog\\_djvu.txt](http://poesasdemartngaoomrgoog/poesasdemartngaoomrgoog_djvu.txt)

González Camargo, Alfonso, “Nocturno del arroyo”, en *Letras*, Bogotá, núms. 57-60, noviembre de 1917, pág. 161.

Jaramillo Escobar, Jaime, *Sombrero de ahogado*, Medellín, Colección autores antioqueños, 1984, págs. 13-17.

Mutis, Álvaro, *Obra literaria. Poesía*, t. I, Bogotá, Procultura, 1985, págs. 203 y sigs.

Ortega, José, *Historia de la literatura colombiana*, Bogotá, Editorial Cromos, 1935.

Ospina, William, “Poesía de la Independencia”, en *Historia de la poesía colombiana*, Fundación Casa de Poesía Silva, Bogotá, 1991.

Soffia, José Antonio, *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, núm. 26, 1º de septiembre de 1882, págs. 24-25.

– *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, núm. 69, 25 de junio de 1884, págs. 333-337.